

Presses universitaires de Lyon

Papauté, monachisme et théories politiques. Volume I

| Pierre Guichard, Marie-Thérèse Lorcin, Jean-Michel Poisson, et al.

La hospitalidad en la tradición benedictina

Antonio Linage Conde

p. 279-290

Texto completo

Dom Adalbert de Vogüé, ese escudriñador tan revelador de la Regla de San Benito y su mundo que dom Jean Leclercq ha podido escribir que las investigaciones en torno a él se pueden dividir en una era pre y otra post-adalbertina, se mostró en una ocasión muy contrariado ante unas monjas a quienes estaba dando un cursillo sobre el tema al darse cuenta de que el conocimiento del manejo de las fuentes por su santo padre y otras interioridades de su composición literaria las habían hecho perder un tanto el respeto sacro al mismo y su texto. Algo que ni por asomo él había buscado ni encontraba consecuente desde luego con su propia erudición.

2 Sin embargo el tono literario de dom Adalberto es más bien severo, algo claro está propio del rigor especializado del tratamiento de su materia, y no es pródigo que digamos en los elogios píos.

3 De ahí que haya que valorar tanto más las palabras con que saluda el desarrollo por san Benito de la hospitalidad, uno de los capítulos en que por encima de su recurso de pormenor al Maestro se despliega su genuina originalidad engendrada sin más por la grandeza de su espíritu: «De una manera muy personal Benito insiste en que se honre a todos los huéspedes, porque todos representan a Cristo, sobre todo los más pobres. Este pensamiento de Cristo presente en el huésped, afirmado de entrada y repetido muchas veces, da a todo su ceremonial del recibimiento una grandeza religiosa y un fervor que hacen de él uno de los fragmentos más hermosos de la Regla»¹.

4 Y notemos desde ahora que este caso, uno más, de aplicación del cristocentrismo de la dicha Regia, separa los fundamentos de las hospitalidades benedictina y agustiniana². En efecto, san Agustín exhorta a acoger a los huéspedes³ invocando el recuerdo de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, una dimensión horizontal, de fraternidad pues; san Benito la vertical, el pensamiento y los ojos puestos en Cristo, del que se recuerda guardará a su vez memoria de ello en el juicio final, *quia ipse dicturus est: «Hospes fui et suscepistis me»*⁴.

5 Pero de la regulación benedictina de la hospitalidad no resulta revelador sólo el contenido sino también el continente.

I. UN TRATAMIENTO NOBLE

6 En efecto, mientras el Maestro dispersa sus normas relativas al tratamiento monástico de los tales huéspedes⁵, ora los de paso, ora los permanentes, que esta es la distinción capital para él, acogidos los primeros desde luego con los brazos abiertos y ante todo comprensiblemente suscitadores de recelo los segundos, en cambio san Benito les dedica un capítulo ad hoc, coherente y completo, de un título ennoblecedor de por sí, *de hospitibus suscipiendis*, unificando también su código en cuanto al fondo, desde otro punto de vista pues que la dicotomía tal de la Regula Magistri.

7 El recibimiento se hace con más humildad aún, y en consecuencia resulta a la vez más solemne, por la postración en tierra, que el Maestro no conoce, contentándose con la oración y el beso de paz y el saludo desde luego también humilde. También es una originalidad benedictina el retirarse con el huésped para oír una lectura piadosa y la prescripción al superior de romper su ayuno para compartir la refacción con el huésped no obligado a él. Y un rito de tanta plenitud simbólica, solemnidad ceremonial e

intimidad hogareña sin embargo como el lavado de las manos del recién llegado por el abad en persona, en tanto que el de los pies tiene lugar ante toda la comunidad — el Maestro se conforma con que la hagan los semaneros — y recitándose el versículo *Suscepimus*, más elocuentemente hospitalario en ese momento que el del mandato evangélico común a todos los lavatorios de pies en la Regula Magistri, sean de los huéspedes o de los monjes.

8 Así las cosas nada tiene de extraño que en algunos ambientes benedictinos se haya opinado que la hospitalidad es una de las aportaciones de san Benito al monacato occidental.

9 También en este caso de abolengo oriental naturalmente.

II. LA MATERIA DE EGIPTO

10 De Vogüé, sin exagerar la dependencia de este tratado que es el capítulo dicho, quincuagésimo tercero de la Regula Benedicti, de la *Historia monachorum*, antes al contrario, negandola en cuanto al comienzo del mismo con su equiparación decisiva entre los huéspedes y Cristo, para la que prefiere suponer que san Benito se inspiró sencillamente en sí mismo, opina inmediatamente que «en general, toda la primera parte de RB, 53, respira una caridad calurosa, afanosa, entusiasta, que manifiestamente desborda el ceremonial del Maestro y parece provenir en línea recta de los viejos relatos sobre los monjes de Egipto», aunque teniendo muy en cuenta que se trataba de «prácticas de hospitalidad bastante corrientes en la antigüedad»⁶.

11 Y señala también otro precedente, este occidental ya, la Regia de los Cuatro Padres, concretamente en su preocupación de que los forasteros no perturben la vida de la comunidad, solucionada por la encomienda de su acogida y relación con los mismos al abad en persona o al monje expresamente para ello designado, el hospedero sin más todavía vigente⁷.

12 Si aceptamos la hipótesis de haberse escrito este texto en Lérins muy a los comienzos del siglo V la recepción benedictina nos ilustrará otro de los caminos de aquella atmósfera monástica cuyas corrientes ya se movían holgadamente por las longitudes occidentales.

13 Y ya sabemos que estos caminos de las influencias literarias siempre quedan lo bastante discutibles como para que su investigación siga ilustrando el conocimiento de la realidad honda del pasado, y más en un género como este de las reglas monásticas, precisamente por lo que tenía de inmerso en una tradición común.

14 Pero vamos a dejar ya el texto benedictino originario, para ocuparnos de su vigencia en un momento determinado, y ya muy tardío, cercano a nosotros en la cronología aunque no en la

mentalidad, una etapa de esa saga tan fecunda y varia como fué la de su familia religiosa.

- 15 Dejemos sentada en todo caso su triple articulación: el fundamento estrictamente religioso y concretamente cristiano⁸ de la misma hospitalidad, su contenido materialmente generoso — en entender la *humanitas* como agape parece se concuerda — y su solemnidad ceremonial en el marco de la vida monástica y su irradiación posible al exterior.
- 16 Todavía las veces en que nos ha lavado a nosotros las manos el abad de Solesmes hemos alcanzado a sentirnos un tanto vencedores del tiempo, en cuanto la presencia del pasado en el presente más que una seguridad en el futuro llevaba en sí un cierto presentimiento de eternidad.
- 17 Y ya a propósito de ese desarrollo futuro al que hemos aludido, tengamos en cuenta que la piedra cardinal que le hizo posible, y además ello es muy revelador del espíritu sin más de la Regia toda, fue la institucionalización en la misma de la hospedería y el hospedero a su cargo⁹, *cellam hospitum habeat adsignatam frater cuius animam timor Dei possidet*. Hospedería a la que inmediatamente llama el santo *domus Dei*¹⁰ nada menos.
- 18 De un santo hermano lego de Montecasino en el siglo XVIII se dice se entristecía los días en que no llamaba ningún forastero a las puertas del monasterio, diciendo literalmente: «Hoy no nos ha venido a visitar Jesucristo».
- 19 Un largo camino del Montecasino del mismo san Benito a éste, y también de este último al nuestro. Pero claro está que aquí no podemos dar una visión de la hospitalidad a lo largo de la tan extensa y fecunda historia benedictina.
- 20 Sino que, a guisa de muestra, nos vamos a conformar con cuatro comentarios a la Regia misma, escritos en la Europa todavía en optimista expansión de principios de siglo — o incluso en las rentas de su prolongación post-bélica — de este nuestro siglo XX que ya sentimos marchársenos, y en tres países muy significativos.
- 21 A esta cronología se nos anticipa Mauro Wolter quien, siendo abad de Beuron, publicó sus *Praecipua ordinis monastici dementa*, en Brujas — la casa Desclée es una de las protagonistas de la historia benedictina decimonónica — el año 1880. Su subtítulo denota tratarse, efectivamente, de una explicación del texto reglar, a través de autoridades doctrinales, todas antiguas y patrísticas la mayoría — e *Regula Sancti Patris Benedicti adumbravit, testimoniis ornavit*.
- 22 El abad de Solesmes, Paul Delatte, dio a los tórculos en París el 1913 su *Commentaire sur la Règle de Saint Benoît*.

- 23 Cuthbert Butler, abad de Downside, publicó en Londres el 1919 su *Benedictine Monachism*, pero antes de la guerra, el 1912, había hecho estampar en Friburgo su «editio crítico-práctica» de la misma¹¹.
- 24 Por su parte el abad de María Laach, Ildefonso Herwegen, esperó a unos tiempos ya muy distintos y casi apocalípticos en su país para dar a luz el libro *Sinn und Geist der Benediktinerregel* (Einsiedeln-Colonia, 1944) pero ya había dado el anticipo en *Väterspruch und Mönchsregel* unos años al fin y al cabo significativamente atrás (Münster, 1937), si bien sobre todo hay que tener en cuenta lo más remoto de la gestación de su pensamiento en su propia vida monástica¹².
- 25 Las fechas de nacimiento de Wolter, Delatte, Butler y Herwegen son los años 1825, 1848, 1858 y 1874 respectivamente. Wolter y Delatte profesaron cuando ya eran sacerdotes seculares, el primero en 1857 y el segundo en 1883¹³, pero desde un principio estuvieron inmersos en la tradición benedictina de su tiempo, la de la
- 26 Y antes de pasar adelante nos parece adecuado establecer un cierto cotejo diferencial en estos cuatro hermeneutas que desde luego tienen bastante de común. Ante todo Wolter, frente a los otros tres, se nos aparece más bien explicando la Regia, en tanto en éstos destaca más su papel de intérpretes.
- 27 Y por esas vías de Wolter retenemos ante todo una visión y una metáfora, aquella la del monasterio, espiritual sí pero tan material también, ésa la que identifica el *corpus monasterii* con el cuerpo místico de Cristo, o sea una Iglesia en pequeño. En cuanto a Delatte, Herwegen y Butler, el primero se fija en la razón de ser, la finalidad de la vida monástica, que para él está en el oficio, la liturgia cenobítica, el *opus dei* — «propter chorum fundati» y «tanquam angeli» —; el segundo en el principio inspirador y genético, el carácter pneumático, una emanación necesaria pero muy diferenciada del pneuma o espíritu de la Iglesia en el sentido bíblico; y el tercero en la propia entidad, tremendamente anclada en la realidad, la familia monástica que vive una vida cenobítica en el monasterio.
- 28 Mas, ¿y lo común?

- 29 Pese a sus diferencias hondas — insistencia de Wolter en la búsqueda y el respeto a las fuentes que han constituido la gran tradición, realismo de Delatte que a veces incluso resulta un poco brutal, sentido práctico espiritualizado en Butler, inspiración nebulosa, tremendamente germánica, de Herwegen — los cuatro insisten en que el monasterio benedictino es una familia¹⁴ asentada en la paternidad del abad. Los cuatro desde luego aunque sea Butler el único que hace de ello la piedra cardinal en la que cimienta todo el edificio.
- 30 Una idea esta que por la fuerza misma de las cosas nos va a reconducir al ejercicio de la hospitalidad por la familia en cuestión y en consecuencia a nuestro tema aquí.
- 31 Y en cuanto a las diferencias, a propósito de la atmósfera eclesiológica que se vivía en el María Laach de Herwegen, «el renacimiento de la iglesia en las almas» según la expresión de Romano Guardini, se ha observado¹⁵ tratarse de una dimensión distinta del romanismo incluso jurídico de dom Guéranger en Solesmes, por supuesto siempre realista. Es más, en la evolución del pensamiento de Herwegen mismo se ha hecho ver un alejamiento de las analogías de la vida monástica con el Derecho romano y el germánico que le habían ocupado en la juventud¹⁶. Sin embargo su concepción pneumática de la vida monasterial y la derivación de la misma, siguiendo escrupulosamente el texto benedictino, del abad en persona, vino a reforzar hasta el summum la fundamentación y las consecuencias del papel de éste — por eso estuvo a punto de ser incluida en el Índice una versión portuguesa de su libro, hablándose sotto voce de su divinización de la figura abacial. Ello quiere decir que tampoco en él resultaba precisamente capitidismado el vigor de la familia benedictina.
- 32 Ni que decir tiene que esta concepción del monasterio lleva aparejada la estabilidad del monje en él, para Wolter una piedra que él mismo coloca con su propia mano para sellar la tumba mística de su vida claustral. Una estabilidad que Butler llevó a sus últimas consecuencias, literales, físicas, estrictamente locales, algo en su caso bien explicable por haber vivido plenamente el «Downside Movement», la lucha del benedictinismo inglés por conquistar la independencia monasterial anulada por la hipertrofia congregacional y la dedicación parroquial¹⁷. Y a esta luz nos explicamos mejor la complacencia de Wolter en su lluvia de imágenes a propósito del monasterio mismo: ciudadela, castillo, ciudad y reino de Dios, tienda en el desierto, arca en el diluvio, torre, atalaya, despensa de las gracias, sala de aprovisionamiento para el cielo¹⁸.
- 33 Pero ya debemos abordar expresamente nuestro tema concreto de la hospitalidad.

IV. EL RIO CAUDALOSO DE DOM MAURO WOLTER

- 34 El fundador de Beuron la comienza abordando de una manera tan realista como disciplinada, y en este último sentido sacando ya a relucir su fidelidad romana. Todo huésped debe ser recibido, sí, como quiere la Regia, pero con tal de que no sea indigno. Y en cuanto a los detalles, concretamente su participación en la mesa monasterial, que ya hemos visto y es lógico de siempre había planteado un problema al mantenimiento de la observancia regular, su solución nos suena a canonística — *ita tamen, ut, quoties ex usu laudabili et a S. Sede commendato*¹⁹.
- 35 Aunque lo más significativo de la trascendencia que concede a los huéspedes en ese paisaje de la vida monástica que oscila entre los propósitos y la realidad es su cita de una declaración de la Congregación de Bursfeld según la cual el abad ha de destinar los bienes del monasterio²⁰, por este orden, a los hermanos, o sea los monjes; a los pobres y a los huéspedes.

V. LA SEDUCCION LITERARIA DE DOM ILDEFONSO HERWEGEN

- 36 El abad de María Laach²¹ empieza su comentario al capítulo 53 de la Regla con una referencia a la atracción del hombre por los lugares santos en todos los tiempos, es decir al fenómeno religioso de las peregrinaciones y los peregrinos. E inmediatamente recuerda la solicitud de adoctrinamiento espiritual o sencillamente del contacto de su ejemplo que rodea a los solitarios en el desierto, algo que en la siguiente etapa del monacato hubo naturalmente de adaptarse a las nuevas condiciones traídas consigo por el cenobitismo²².
- 37 Pero además, de acuerdo con las palabras evangélicas que san Benito hizo expresamente suyas como hemos visto, la hospitalidad, la *Gastfreundschaft* toma un nuevo carácter santo y se convierte en una *religio* en sentido cristiano, en un acto religioso.
- 38 Y luego de una glosa suave y serena de los pormenores, que al lector de hoy le sigue pareciendo, hay que reconocerlo, henchida de paz benedictina, concluye que la Regla, en su tratamiento del tema, llega a ligar en una unidad el monasterio y el mundo, en cuanto el huésped participa en los bienes espirituales y en la *humanitas* de la comunidad de los monjes, los cuales siguen sin embargo permanentemente ajenos al exterior, perseverando en su vida pneumática dentro de la clausura, aunque comunicando algún eco de su existencia — *Auswirkung* — a los forasteros en cuestión de manera que le puedan llevar con ellos al volver al siglo.
- 39 Notemos el tono más diluido, mucho más germánico que el de su compatriota Wolter, menos concreto, algo perceptible a lo largo de toda la exposición e invariado en su decurso.

40 Y recojamos la explicación de la palabra *humanitas* que apostilla. Recuerda que en Cicerón tenía la misma acepción amplia que hoy la seguimos dando en nuestras lenguas modernas, la cual se cristianizó al advenimiento de la buena nueva hasta concretarse y abarcar la *humanitas Salvatoris nostri Dei*²³. Pero reconoce desde luego que en la tradición monástica, a la cual por supuesto respondía san Benito al emplearla, se había materializado. *Humanitas* era la asistencia alimenticia antes que nada. Ahora bien, a la luz de la evolución posterior y de las condiciones de la hospitalidad de los monasterios en el tiempo en que el abad de María Laach escribía, por *humanitas* hay que entender también muy particularmente la participación de los huéspedes en la floración artística, cultural y estudiosa de los mismos. Algo desde luego por una parte muy realista y por otra arquetípico de la adaptación del tenor literal de la Regia a un ambiente hasta cierto punto nuevo pero sin desnaturalizarse ni salirse siquiera de su tenor gramatical.

VI. DOM PAUL DELATTE ENTRE EL CASUISMO Y LA VISION AMPLIA

41 Por su parte el abad de Solesmes²⁴ es a la vez tremendamente concreto en los pormenores, aparte la rigidez de algunas soluciones que nos salta a la vista, y sin embargo de unos horizontes amplios en sus últimos fundamentos.

42 Empieza sentando que la hospitalidad benedictina «no es sólo un acto de filantropía» sino la convicción cristocéntrica a la cual ya aludíamos al principio con el texto benedictino en la mano. Aunque inmediatamente reconoce el fundamento natural de la hospitalidad sin más y su difusión precristiana²⁵.

43 Y después, al *omnes* de la misma letra de san Benito, con dom Wolter señala las restricciones impuestas por la misma fuerza de las cosas, para concretarlas hasta llegar a una dimensión agobiantemente restrictiva. Pues además de la excepción a las gentes «notoriamente peligrosas», luego de excluir a «los enemigos de la Iglesia y a los herejes denunciados» se pregunta si no es a los solos católicos a quienes todo el ceremonial de la hospitalidad está reservado, si bien no se contesta ni por la afirmativa ni a la inversa.

44 En cuanto a la trascendencia de la institución en la vida benedictina, el abad de Solesmes distingue las familias religiosas que tienen la hospitalidad por meta exclusiva o al menos parcial, hospitalarias por definición, y otras que lo son nada más que por extensión. «Y ese es nuestro caso — sigue —. La hospitalidad no forma parte esencial de la vida benedictina, sino solamente parte integrante». Y parte integrante implica en consecuencia la

posibilidad de ser «ampliada o restringida según los tiempos y las necesidades, adaptada a las circunstancias, proporcionada a los recursos, calculada según las reglas de la prudencia, subordinada en fin a las leyes más altas de la vida monástica».

45 Todo muy realista. Y aunque en un tono muy distinto, y en cuanto a las consecuencias siendo aún más divergente, ya vimos que también era práctica la mentalidad de nuestro abad inglés.

VII. LA TACITA ACOGIDA DE DOM CUTHBERT BUTLER

46 Curiosamente, el abad de Downside no dedica a la hospitalidad un capítulo ad hoc.

47 Y al hacer, al final²⁶, el balance ideal de lo que pensaba, en los umbrales del siglo, debía ser una abadía benedictina en el XX, sienta categóricamente el «principio fundamental de la vida monástica, de que el interés real de una comunidad y casa no se encuentran en sus actividades o utilidad, sino en unas cosas que no pueden ser ni contadas por las estadísticas ni estimadas por los resultados», citando al canónigo Hannay, para quien los monjes benedictinos, precisamente por haberse rehusado la satisfacción de tender a lo útil han resultado a la postre de tanto provecho, y al obispo de su familia religiosa y congregación, Hedley, quien afirmó que cuanto menos piense un monje en convertir el mundo y más en convertirse a sí mismo, más verosímil será que llegue el mundo a convertirse.

48 Mas aún sin abandonar el hilo conductor de este tan «ortodoxamente» monástico ideal, poco antes, luego de haber hecho un canto al trabajo intelectual en los monasterios, por sus virtudes monásticas también naturalmente, había escrito: «Si existiera una abadía benedictina así, en la que se pudieran encontrar hombres religiosos, capaces de cuidar al espíritu moderno enfermo, sería un centro de religión hacia el cual los hombres instruidos, católicos o no, se precipitarían, no necesariamente para retiros establecidos con arreglo a un programa, sino para períodos de relajamiento religioso e intelectual, para participar por unos días en los oficios religiosos e intercambiar ideas con hombres que, habiendo reflexionado sobre estos problemas podrían ilustrarlos en lo que está en la base de todas las apologéticas y todas las controversias».

49 Ahora bien, pasando de la doctrina a su aplicación²⁷, ahora que el siglo en cuestión se nos marcha, si miramos hacia atrás, limitándonos a su primera mitad, pues la segunda tuvo unas realidades a la vista y unos principios incluso diversos en el ámbito que nos ocupa — *servatis servandis* bien entendido, que no vamos

a cuestionar la permanencia de la Regla — ¿no podríamos emitir un juicio de valor más bien optimista en cuanto a las realizaciones de la hospitalidad benedictina en el mismo sentido en que dom Butler las auguraba?

50 Uno de los eclesiásticos con más influencia en la historia de la iglesia contemporánea, el benedictino dom Lambert Beauduin, fue profeso de la abadía belga de Mont-César, en consecuencia de la Congregación de Beuron. Y naturalmente que uno de sus libros básicos de novicio fue el comentario del abad Mauro Wolter que dejamos presentado. Comentario que comienza así: «Honra a tu padre y a tu madre a fin de que tengas una larga vida sobre la tierra (*Ex. XX, 13*). Tú, que militas bajo la *regula Benedicti*, tienes por padre al muy dulce y glorioso patriarca de los monjes y por madre la Santa Regla». Y andando el tiempo, dom Beauduin gustaba de enmendar la plana al fundador de su Congregación dicha, como sigue: «Nosotros tenemos por padre al padre de Nuestro Señor Jesucristo y por madre la Santa Madre Iglesia»²⁸. La frase no requiere comentario alguno. Dom Beauduin había nacido en 1873. Pero ya los tiempos eran muy otros. Hasta para el ideal monástico queremos decir.

Notas

1. *La règle de Saint Benoît*, VI («Sources chrétiennes» 186; Paris, 1971), p. 1278; véase del mismo DE VOGÜE, «Honorer tous les hommes. Le sens de l'hospitalité bénédictine», *Revue d'ascétique et de mystique* 40, (1964) 129-38.

2. A. BORIAS, «Hospitalité augustinienne et bénédictine», *Revue d'histoire de la spiritualité*, 50 (1974) 3-16.

3. *Serm*, 355,2.

4. Ello no quiere decir que el texto agustiniano no tenga un sentido monástico. Precisamente el mismo DE VOGÜE, «Monachisme et église dans la pensée de Cassien», *Théologie de la vie monastique. Etudes sur la tradition patristique*, obra colectiva de la colección de Lyon-Fourvière, Aubier, 1961, pp. 213-40, ha estudiado y encontrado los orígenes del que con todo fundamento llama «mito del origen apostólico de la vida monástica». En esa comunidad a la que san Agustín vuelve los ojos se venía viendo el primitivo monasterio cristiano.

5. RM 65, 71-2 y 78-9.

6. Edición citada en la nota 1, pp. 1274-6. Notemos el *omni humanitate refoveant*, de la Historia, 17 (440 a).

7. *Regla de los Cuatro Padres II*, 36-42; ed. A. DE VOGÜE, *Les Règles des Saints*

8. *Y cristocéntrico. Recordamos la aseveración de uno de los más ilustres benedictinos de los últimos tiempos, dom Anseimo Stolz, en su Teología de la mística. Estando ésta asentada en Cristo no resultaba posible su analogía próxima con estados similares de religiones no cristianas.*

9. RB liii, 21-2. El santo diseñó personalmente, entre otras piezas, la hospedería de su última fundación, Terracina; GREGORIO, *Dial*, ii, 22.

10. «Para los huéspedes ésa es el hotel de Dios, que les procuran hombres que habitan en la casa de Dios», comenta dom A. LENTINI, *San Benedetto, La Regola*, 2a ed., Montecasino, 1980, p. 471.

11. A las pp. 159-79 la Medulla que había extraído de la misma.

12. Hay que tener en cuenta también un tercer libro *Der heilige Benedikt; ein Charakterbild* (Düsseldorf, 1917).

13. Fue elegido abad en 1890. Interesan los extrados que se han recogido de sus *Notes sur la vie spirituelle*, a saber «Vivre à Dieu», Solesmes, 1973, y sobre todo «La vie monastique à l'école de saint Benoît», *ibid*, 2a ed., 1980. El comentario a la Regia apareció a nombre del sin más. Le había dado forma y decidido al autor a su publication dom Augustin Savaton, a quien se deben la introducción y las notas, o sea la parte que no es propiamente exégesis. A dom Savaton debemos el libro *Dom Paul Delatte, abbé de Solesmes* (Paris, 1954); es una biografía apologética, pero no es esta índole su principal inconveniente, sino su carencia de datos sencillamente e incluso su silencio total acerca de ciertos conflictos clave de la historia individual y monástica en cuestión. Teniendo en cuenta la enorme influencia ejercida en Solesmes por el largo abadiato de Delatte, el conocimiento de las notas diferenciales del mismo respecta de dom Guéranger, por lo decisivo de éste para todo el benedictinismo restaurado, Beuron a la cabeza y su fundación de Maredsous, la carencia de una biografía crítica del tercer abad de Solesmes es una de las grandes lagunas de la historia monástica de fines del XIX y la segunda mitad del siglo XX.

14. Si se me permite un recuerdo personal, una monja benedictina polaca de nuestros días contestó un tanto ascéticamente malhumorada una carta mía en la que yo insistía en la noción de familia benedictina, oponiéndola un tanto el cristocentrismo sencillamente.

15. Por dom G. PENCO, entre otros pasajes en «MonacheSimo e chiesa nel secolo XX», *Vita consecrata* 17 (1981) 680-92 (reimp. en «Spiritualità monastica», Praglia, 1988, sobre todo pp. 490-1).

16. E. VON SEVERUS, «Un maître de la vie monastique en Allemagne: Dom Ildefons Herwegen», *Revue Mabillon*, 51(1961), p. 249-55. Cf. M. BENDISCIOLI, «Il romanesimo nella coscienza germanica contemporanea», en la obra colectiva *Romanesimo e germanesimo*, Brescia, 1953, 11-57. Y los libros del propio HERWEGEN *Das Pactum des hl. Fructuosus von Braga*, Stuttgart, 1907, y *Geschichte der benediktinischen Professformel*, Münster, 1912; *Antike, Germanentum und Christentum*, Salzburgo, 1932, se aplica más bien al dominio litúrgico.

17. R. YEO, «The structure and content of monastic profession», *Anselmian* 83, Roma, 1982, pp. 295-313; y él mismo y M. DAVIS, a las pp. 91-108 de los «Commentarla in Regulam. A cura di Jean Gribomont», *Studia Anselmiana* 84, 1982.

18. B. Reetz, «Les principes fondamentaux de la vie monastique et bénédictine d'après le Révérendissime dom Maur Wolter», *Revue Mabillon* 51 (1961) 213-23.

19. Praecipua cit., p. 621; declaraciones congregacionales a las pp. 643-4 y la que vamos a citar expresamente a la p. 753.

20. Con la salvedad antecedente secundum intentionem fundatorum.

21. *Sinn und Geist, cit.*, pp. 306-12.

22. Fiel a sus primeros, aunque ya lejanos tiempos, de predilección jurídica, Herwegen trae a colación la condición privilegiada del huésped en el Derecho comparado, las *hospitalis necessitudinis iura o inviolabilis hospitii iura* en una cita de san Ambrosio.

23. La frase es de la Epístola de San Pablo a Tito; iii, 4.

24. *Commentaire cit.*, pp. 375-89; sobre la obra véanse L. REGNAULT, en los *Commentarla* citados en la nota 17, pp. 57-77 y G. TISSOT, *Revue Mabillon* 51 (1961) 201-12.

25. «Sobre todo el Oriental es fiel a ella, desde la antigüedad más remota-apostilla. El árabe se vuelve a encontrar una conciencia delicada cuando se trata de los huéspedes introducidos bajo su tienda».

26. Citamos por la versión francesa *Le monachisme bénédictin. Etudes sur la vie et la règle bénédictines*, Paris, 1924, pp. 398-9. Las citas son de las obras respectivamente *Spirit of Christian monasticism*, cap. 8, y *Wisdom of the desert*, pp. 24-9; y el prólogo a la versión inglesa de *San Benedetto* del abad Tosti, p. xxiii.

27. No sería tiempo perdido cotejar las diferencias entre los cuatro intérpretes de la Regla que hemos analizado y la circunstancia históricogeográfica concreta que los tocó vivir: una expansión católica subsiguiente en Alemania al fracaso de la Kulturkampf y en Inglaterra al Acta de Emancipación, un anticlericalismo ya anacrónico en Francia y una cierta inclinación del abad Delatte hacia la Acción Francese y, ¿hasta dónde no se vio posteriormente en el mundo germánico que lo que se anunciaba como Imperio no podía ser sino una caricatura de tal? Pero estos no eran nuestros objetivos aquí.

28. Dato tomado de N. EGENDER, «Les principes monastiques de dom Lambert Beauduin», dans *Veilleur avant l'aurore. Colloque Beauduin*, Chevetogne, 1978,